

## CONFLICTO DE VIDA PRIVADA Y PUBLICA EN LA POESIA DE HORACIO

Vicente Cristóbal López

1.- El propósito de estas páginas es el de poner de relieve la pugna íntima que sostuvo el poeta Horacio entre sus deseos de vivir recoleto, al margen de los asuntos públicos, y el reclamo exigente de Mecenas y de las altas instancias para que saliera de su escondrijo sabino y tomara parte activa -aunque sólo fuera literariamente-en la vida política de Roma. Ese conflicto se refleja en su obra de varias maneras, y tarea nuestra será resaltar esas varias manifestaciones. Lo que a continuación exponemos va a ser, pues, el fruto de nuestra lectura de la poesía de Horacio, examinada a la luz de tales objetivos.

2.- La alternancia de sucesos públicos y privados como materia poética es particularmente visible en las *Odas*, donde el poeta responde a una doble instancia: por una parte, a la tradición poética alejandrina, afincada en lo amoroso, en lo mítico y en lo bucólico, al margen por completo de lo público, y, por otra, a su vinculación al círculo de Mecenas y a su consiguiente compromiso con la causa de Augusto, que derivaba en una necesidad de ser vocero y pregonero poético de su ideario, de sus reformas, de su labor política<sup>1</sup>. Entre ambos polos se sitúan los contenidos de su poesía lírica, que incorpora en alianza con ellos la reflexión ética y literaria. Aunque, no obstante, puede apreciarse que su auténtica vocación lo llamaba a Tíbur más que a Roma, su placer más sincero lo hallaba lejos de los negocios urbanos y políticos.

Como factores que añadirán luz al conflicto y explicarán su toma de postura y preferencia hay que hacer constar los siguientes: que Horacio no era en su origen un

---

<sup>1</sup> Cf. M. Fuhrmann, *Literatura Romana*, Madrid 1985, 34 (Frankfurt am Main 1974). Con aguda intuición apunta el autor la siguiente consideración histórica: que, mientras la era de Cicerón fue centrífuga, puesto que "los desastres de la revolución impulsaron a más de un talento a desligarse del centro de todas las aspiraciones romanas, el Estado, y a buscar la satisfacción de la propia tarea literaria en una esfera apolítica", la reforma augústea, sin frenar ni desbaratar tal proceso emancipador, supo vincular "a los espíritus rectores de la época, y en primer término a los poetas Virgilio y Horacio" a sus objetivos "y la nueva mentalidad político-estatal se convirtió en el gran tema, el único verdaderamente importante, de la literatura romana."

hombre de ciudad y que su ascendencia no le predisponía a un especial trato con la política, sino que, por el contrario, era un provinciano, hijo de liberto, llegado a Roma desde la campiña y que, si bien se vio obligado por las circunstancias a vivir en la Urbe y a relacionarse con la élite política, su natural afición y su costumbre lo llamaban al retiro campestre, escenario de su infancia. También en ello contaría, sin duda, su talante contemplativo -especialmente sensible ante el paisaje natural- que estaba ligado de forma indisoluble a su condición de poeta. Refuerza aún más esta su orientación a la vida retirada la doctrina epicúrea en la que se ilustró, con sus consejos a favor de que el sabio ame el campo y se margine de la vida pública (Diógenes Laercio, X 117-121 a: "No hará política...Amará la campiña")<sup>2</sup>. Y, por si fuera poco, recordemos que, aunque circunstancialmente comprometido con la causa de Octavio, en realidad tal compromiso supuso una conversión política<sup>3</sup>, ya que Horacio previamente había combatido en Filipos como tribuno en el bando republicano de los asesinos de César, y que sin duda tal conversión no se haría de forma gratuita ni repentina, sino que conllevaría un cierto proceso: el "augustismo" es mayor y más entusiasta en las obras de cronología más avanzada, especialmente en los libros III y IV de las *Odas*, mientras que la marginación de lo público es todavía un ideal vivo y polémico en *Sátiras* y *Epodos*, obras anteriores. Esa es, por otra parte, la misma evolución que se observa en la obra de otros poetas augusteos como Virgilio, Propertio e incluso Ovidio, que partiendo de unos presupuestos más alejandrinos, más puramente esteticistas y menos comprometidos, poco a poco se convierten en coro atento a las nuevas consignas: la *Eneida*, el libro IV de las *Elegías* propertianas, los *Fastos* de Ovidio y los últimos libros de las *Metamorfosis* son testimonio de postremo "augustismo" como colofón de sus carreras literarias.

3.- Parece, en efecto, como si a Horacio hubieran tenido que ganárselo a pulso Mecenas y Octavio. El poeta, a pesar de su condescendencia con los poderosos, conservó siempre su libertad y la ejerció sin cohibirse ante la autoridad a lo largo de toda su vida. Testimonio ejemplar de esa actitud es la *Epístola* I 7 escrita poco antes del año 20 a.C., en que se publica tal libro, y mucho tiempo después (casi 19 años) de su ingreso en el círculo de Mecenas<sup>4</sup>. La epístola parte de un hecho concreto: Horacio le había prometido a Mecenas que estaría fuera de Roma cinco días, retirado en el campo; pero, contra la promesa, se quedó en su quinta durante todo el mes de agosto (entonces aún se llamaba *Sextilis*; sólo a partir del 8 a.C., fecha de la muerte de Horacio, se le llamó *Augustus*). Debió de reprochárselo el amigo, puesto que Horacio se justifica y se explica, defiende su libertad y se manifiesta dispuesto a devolver todos los bienes recibidos -la finca sabina que Mecenas le había regalado-, si la aceptación de tales bienes suponía la sumisión y el servilismo:

*Nec somnum plebis laudo satur altitium nec  
otia diuitiis Arabum liberrima muto.*

---

<sup>2</sup> J.M. André, *L'otium dans la vie morale et intellectuelle romaine des origines à l'époque augustéenne*, París 1966, 206 ss.

<sup>3</sup> A. La Penna, *Orazio e l'ideologia del principato*, Turín 1963; G. Lieberg, "Individualismo ed impegno politico nell'opera di Orazio", *PP* 18, 1963, 337-354; entre nosotros: V. Bejarano, "Poesía y política en Horacio", *EClés* 77, 1976, 241-284.

<sup>4</sup> Cf. E. Fränkel, *Horace*, Oxford 1963 (=1957), 327-339; H. Drexler, "Zur Epistel I. 7 des Horaz", *Maia* 15, 1963, 26-37.

"Ni, saciado de capones, alabo el sueño de la plebe, ni cambio mi libérrima tranquilidad por las riquezas de los árabes".

Recorre el poeta, según es frecuente en su poesía discursiva de *Sátiras* y *Epístolas*, a la fábula como ejemplificación de sus dichos. Esta vez, a la de la zorra y la comadreja: una pequeña zorra se había colado dentro de un arcón de trigo por una rendija, y cuando se hartó de comer -aquí, sin embargo, debiéramos pedirle cuentas a Horacio por el descuido de presentarnos a una zorra comiendo trigo- trataba en vano de salir por la misma grieta por la que había entrado; una comadreja desde lejos le gritó la solución:

*macra cavum repetes artum, quem macra subisti*

"Delgada escaparás de la estrecha rendija, por la que, delgada, entraste".

Y ese mismo cuento se lo aplica Horacio a sí mismo: él es como la zorra aludida, delgada y mísera en otro tiempo y engordada luego con los bienes de Mecenas; en el caso de verse aprisionado por la obesidad de las donaciones, no dudaría el poeta en volver a su delgadez de antaño y a su libre privanza para poder escapar. Y no contento con el ejemplo animal, recurre al mito y le repite las mismas palabras que Telémaco en la *Odisea* utiliza para agradecer y rechazar a un tiempo los caballos con que le obsequiaba Menelao: Itaca no es tierra para caballos -viene a decir-; gracias por tu regalo, pero no lo necesito; quédate con él (vv. 41-43). Tal respuesta, en verdad, aunque indirecta, respetuosa y cortés, es una firme y valiente contestación ante el absorbente reclamo de Mecenas. "Las cosas pequeñas -sigue diciendo Horacio (vv. 44-45)- cuadran bien al que es pequeño; no me resulta grata ya la regia Roma, sino el solitario Tíbur o la pacífica Tarento":

*parvum parva decent: mihi iam non regia Roma,  
sed vacuum Tibur placet aut imbelles Tarentum.*

Declaración que mucho se asemeja a las *recusationes* literarias de los poetas -de las que el propio Horacio nos da ilustres ejemplos-, que rechazan la épica, la tragedia y lo altisonante, y se complacen con los géneros menos elevados y más vinculados a lo individual; las "cosas pequeñas" son las que corresponden como objetivo poético a la *Musa tenuis*<sup>5</sup>, la Musa de Calímaco, la Musa privada del amor y del vino (por eso Virgilio en el marco de las *Bucólicas*, género plenamente alejandrino, cuando quiere acercarse a los temas épicos, recurre a la famosa invocación: *paulo maiora canamus*); las "cosas pequeñas" son las que corresponden a la "abeja del Matino", imagen que usa Horacio para referirse a sí mismo (*Carm.* IV 2, 27), con intención indudable de alinearse en la estética alejandrina; y las que, en suma, cuadran bien al pequeño Horacio, que no sólo lo era por su corta estatura (que, por cierto, Octavio caricaturizaba diciendo "te falta estatura, pero cuerpecillo no te falta", según anécdota transmitida por la *Vita* suetoniana: *tibi statura deest, corpusculum non deest*), sino también por su falta de públicas aspiraciones, por su confrontación con los grandes personajes del momento: el adjetivo *parvus* que aquí utiliza el poeta está seguramente dicho con esa duplicidad de intención. Y ya que en los objetivos paramos mientes, observemos los tres que aplica a Roma, a Tíbur y a Tarento de manera

---

<sup>5</sup> A. Fontán, "Tenuis...Musa? La teoría de los Charaktères en la poesía augústea", *Emerita* 32, 1964, 193-208.

sucesiva: *Regia* se le dice a Roma, con esa terrible resonancia a *rex*, palabra maldita para un romano, aludiendo también, sin duda, a su magnificencia y esplendor, pero término negativo en su oposición a *vacuus*, aplicado a Tíbur, que hemos de interpretar aquí como solitario, libre de la multitud de habitantes y del bullicio de la urbe, y a *imbelle*, aplicado a Tarento, es decir, libre de pleitos y disputas, cualidades que el poeta apreciaba tanto más por cuanto que eran aquellas de las que carecía Roma. En ese su afán de distanciamiento de la aglomeración pública, expresado proverbialmente luego en el *odi profanum vulgus et arceo*, el *vacuus Tibur* cobra especial valor al insertarse en una constante del sentimiento horaciano.

En fin, la epístola en cuestión puede resumir su contenido en los vv. 3-5, petición dirigida al ministro del príncipe: "si quieres que viva sano y con buena salud, el permiso que me das cuando estoy enfermo, me lo darás también cuando tengo miedo de enfermar...". Horacio se traza aquí un plan de vida enfocado a su salud de mente y de cuerpo, que da a conocer a Mecenas; en verano marchará a Tíbur y en invierno se dirigirá a la costa (a Tarento, sin duda), y sólo en otoño, parece decir, y en primavera, volverá al lado de su amigo: "con los Céfiros y con la primera golondrina".

4.- Conservamos otro testimonio más, relativo a Horacio, de la defensa de su autonomía frente al imán del poder político, de la defensa de su vida privada frente a la propuesta de metamorfosis en un hombre más público: el propio Augusto le ofreció, por mediación de Mecenas, el cargo de secretario particular, según cuenta la *Vita* suetoniana, que cita textualmente una carta del *princeps* dirigida a su ministro; Horacio rehusó, y no obstante Octavio no se sintió ofendido por ello, respetando su libre decisión:

*Augustus epistularum quoque ei officium obtulit, ut hoc ad Maecenatem scripto significat: "Ante ipse sufficebam scribendis epistulis amicorum: nunc occupatissimus et infirmus Horatium nostrum a te cupio abducere. Veniet ergo ab ista parasitica mensa ad hanc regiam et nos in epistulis scribendis adiuvabit". Ac ne recusanti quidem aut succensuit quicquam aut amicitiam suamingere desiit.*

"Augusto le ofreció también el cargo de secretario para escribir sus cartas, como lo hace constar en esta carta dirigida a Mecenas: 'Antes, yo mismo me bastaba para escribir las cartas a mis amigos; ahora, atareadísimo y enfermo, quiero quitarte a nuestro Horacio. Vendrá, por tanto, de esa mesa tuya de parásitos a la nuestra, digna de reyes, y nos ayudará en la escritura de las cartas'. Y, a pesar de que él rehusó, no se lo reprochó ni dejó de brindarle su amistad".

Horacio, en efecto, debía de tener muy buena caligrafía y habilidad para la escritura; recuérdese que, antes de ingresar en el famoso círculo, cuando a la vuelta de Filipo se encontró con que le habían expropiado sus posesiones en Venusia, pudo salir de su indigencia gracias al cargo de escriba del cuestor que desempeñó durante algún tiempo. El príncipe, en su carta, parece bastante seguro de que su autoridad no iba a encontrar obstáculos: a una primera fórmula de cortesía, *Horatium nostrum a te cupio abducere*, sucede otra más tajante que da por hecho la realización de su deseo, *veniet ergo...et adiuvabit*. Horacio, empero, repetimos, dijo que no. Y suponemos que Mecenas, con algo de temor y temblor, tendría que transmitir al jefe la negativa de su protegido. La transigencia y permisividad de Octavio todo lo salvó, y siguió llamándolo probablemente *purissimum penem* y *homuncionem lepidissimum*, con la misma chanza e ironía con que llamaba "pompeyano" a Tito Livio.

Otra vez más nos consta por la *Vita* que hubo un cierto problema entre Octavio y Horacio, y esta vez ya en época tardía. Luego que el príncipe leyó las *Sátiras*<sup>6</sup>, quejóse al poeta de que no hablaba de él en tal obra ni le dirigía ninguno de sus poemas: *irasci me tibi scito, quod non in plerisque eiusmodi scriptis mecum potissimum loquaris* ("sábete que estoy enfadado contigo porque en tus muchos poemas de este género no has tenido a bien dirigirte a mí"); y añade como reproche: *an vereris ne apud posteros infame tibi sit, quod videaris familiaris nobis esse?* ("¿Acaso temes que te traiga mala fama en la posteridad el aparecer como confidente mío?"), que es como decir: "¿todavía no estás convencido de mi causa?", peligrosa pregunta. A lo que Horacio respondió dedicándole la primera de las *Epístolas* del libro segundo<sup>7</sup> (reflexionemos, de paso, en lo poco actualizado de las lecturas del *princeps*, pues las *Sátiras* se habían publicado en el año 35 el libro I, y en el 30 el libro II; mientras que el libro II de las *Epístolas*, donde se contiene la respuesta, suponemos que más o menos inmediata al reproche de Octavio -reproche, a su vez, que debió ser inmediato a la lectura- se publicó en el año 15 a.C. No es de extrañar, pues, saltando a otro tema, que el castigo por el *Arte de amar* le viniera a Ovidio tan tardío: la razón evidentemente está en esa poca actualización bibliográfica del príncipe, más atento al gobierno de Roma que a la lectura de los poetas romanos); y al comienzo de esa epístola decía Horacio al sumo caudillo estas palabras, realmente no exentas de ironía, y expresivas de todo aquello de lo que el poeta rehuye y se siente lejos, los negocios públicos:

*Cum tot sustineas et tanta negotia solus  
res Italas armis tuteris, moribus ornes,  
legibus emendes, in publica commoda peccem  
si longo sermone morer tua tempora, Caesar.*

"Puesto que tú solo te ocupas de tantos y tan importantes negocios (defiendes a Italia con las armas, la engalanas con las buenas costumbres, la reformas con las leyes), pecaría yo contra el bien público, si entretuviera tu tiempo, César, con una larga conversación".

No conviene pasar por alto el reproche implícito en el *solus*, que es como decir: si para gobernar te bastas tú solo, ¿por qué recurras a mí para otras cosas?; y aún exagerando más: ya que tú gobiernas solo, habla también tú solo; yo únicamente podría entretenerte. Con estos versos medía la distancia entre el quehacer agobiante del hombre político y el ocio que el artista y el pensador necesitan para su trabajo.

5.- Otra sátira más (II 6), dirigida a Mecenas, en la que comienza por agradecerle el regalo de la finca sabina (*Hoc erat in votis...*), es reflejo de la cruz horaciana entre vida privada y pública<sup>8</sup>. El poeta se siente satisfecho con su recién estrenado escondite: "Esto era lo que yo quería: una parcela de campo no tan grande, donde hubiera un

---

<sup>6</sup> *Post sermones vero quosdam lectos*, dice el biógrafo. Parece obvio que con *sermones* se refiere a las *Sátiras*, aunque algunos entienden (Fränkel, *op. cit.*, 383) que se refiere a otras epístolas.

<sup>7</sup> Cf. Fränkel, *op. cit.*, 383-399.

<sup>8</sup> Cf. Fränkel, *op. cit.*, 138-144.

huerto y una fuente perenne de agua cerca de mi casa y, alzándose por encima, un poco de bosque. Más cumplidamente y mejor me lo han otorgado los dioses. Bien está. No pido nada más..." (vv. 1-4), y como contraste de la tranquilidad que allí disfruta se acuerda de las múltiples molestias que había de soportar en Roma, especialmente las derivadas de las aglomeraciones y de la burocracia, que ya por entonces eran males temibles para espíritus tranquilos. Dicen así los vv. 23-39: "En Roma me arrastras como fiador -se está dirigiendo al dios de la mañana *Iuppiter Matutinus*, identificado también con Jano-: "Ea, que nadie antes que tú cumpla con su trabajo, date prisa"; ya si el Aquilón cepilla la tierra o si el invierno, con una órbita más corta, trae consigo un día cubierto de nieve, tengo que ir. Luego, tras haber pronunciado palabras que clara y ciertamente pueden serme perjudiciales, me veo obligado a luchar con la muchedumbre y a insultar a los que me retardan: "¿Qué quieres, loco, y qué negocio te traes entre manos?", me amenaza un maleante con airadas preguntas, "¿vas a llevarte por delante todo lo que te estorba porque, al hacer memoria, vuelves apresurado a ver a Mecenas?" Estas palabras me agradan y son para mí como miel, no mentiré. Pero tan pronto como has llegado a las funestas Esquilias, cien negocios ajenos te bailan en la cabeza y en el pensamiento: "Roscio pedía que mañana, antes de la hora segunda, lo asistieras junto al puteal"; "los escribas te han pedido Quinto, que te acordaras hoy de volver para tratar de un asunto importante y de última hora, que os concierne a todos"; "cúdate de que Mecenas imprima su sello en estas tablillas"; y al decir tú "lo intentaré", añade e insiste el otro: "si quieres, puedes".

Como se ve, el *stress* urbano no es algo reciente y ya hace veinte siglos ciudades superpobladas como Roma<sup>9</sup> lo padecían; ni tampoco es algo sólo moderno, según vemos, el acoso de papeles, y Horacio, que fue escriba del cuestor (o, si se quiere, oficinista), bien sabía de todo ello. El crecimiento de las ciudades, a partir de época helenística, traía toda esta suerte de incomodidades. Recuerdo el testimonio paralelo de Teócrito en el idilio XV, *Las siracusanas*, cuando Gorgó, que acudía a visitar a su amiga Praxínoa, explica las dificultades de su marcha por las calles de Alejandría: "¡Ay, qué locura!, por poco no llego viva a tu casa con tanto gentío, Praxínoa, y tantas cuadrigas. Botas con tachuelas por todas partes y por todas partes hombres vestidos con capas. Y el camino que nunca se acaba, porque tú cada vez vives más lejos". Y la protesta se repite cuando ambas amigas salen de nuevo a la calle y un caballo está a punto de pisotearlas.

Todo ello lo soportaba malamente Horacio y se alegra de tener ahora un refugio tranquilo donde vivir lejos de la turbamulta. pero la sátira continúa explicando cómo, a resultas de su amistad con Mecenas -siete años hacía que había ingresado en el círculo: es decir: la obra data del año 32 a.C.-, todo el mundo quería servirse de él como intermediario para acceder al poderoso ministro de Octavio: se le pregunta incluso por los asuntos de política nacional e internacional ("las tierras que prometió a sus soldados César, ¿se les va a dar en Sicilia o en Italia?", "¿has oído algo acerca de los dacios?"), dando por supuesto que el poeta, por su vecindad con las altas esferas, estaba enterado a las mil maravillas de cosas como ésas.

Y, sin embargo, nada sabía de todo ello, aunque al así proclamarlo, pensaban sus inquisidores que tal silencio se debía a reserva y discreción máximas. "Entre estas cosas -sigue comentando Horacio-, misero de mí, se me pierde el día no sin proferir deseos

---

<sup>9</sup> Bastante más de un millón de habitantes debía tener entonces, según los datos de Carcopino (*Daily Life in ancient Rome*, Londres 1956, 26 ss.).

como éste: "¡Oh campo, ¿cuándo podré contemplarte? ¿Cuándo me estará permitido olvidarme placenteramente de esta vida llena de zozobras, ya sea con los libros de los antiguos, ya con el sueño y con unas horas de ocio?". Y rememora agradables conversaciones nocturnas con sus amigos sobre temas filosóficos, como uno de los mayores placeres de que puede gozarse y que se opone al continuo ajeteo que conlleva la vida pública. Cómo si con todo ello se adelantara Horacio, ensalzando los bienes de la privanza, al autor anónimo de nuestra *Epístola moral a Fabio*:

"Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve  
que no perturben deudas ni pesares",

aunque otros varios textos de la Antigüedad, como el famoso epigrama X 47 de Marcial, inciden en tales alabanzas y preferencias.

La sátira en cuestión termina con la famosa fábula del ratón de campo y el ratón de ciudad -insertada en la composición por boca de uno de los comensales amigo de Horacio, su vecino Cervio-, y viene a ser una alegoría de lo que sucedió entre Horacio -ratón campestre- y Mecenas -ratón urbano-. Horacio, obediente a la incitación de su amigo, se enrola en el círculo y se ve, de repente, inmerso en el mundo de la política y de la vida pública; el estrépito lo asusta, como al ratón de la fábula, y vuelve a su campo diciendo: "No es ésta la vida que me conviene; ¡adiós!, el bosque y la seguridad de mi agujero me consolarán de los flacos yerros", o como decía mi abuelo en versión popular española de la misma fábula:

"Yo quiero comer tomillo y raíz de hinojo,  
y no que los gatos me salten los ojos".

6.- Ahora bien, remontémonos a un estadio anterior en la vida de Horacio. La sátira II 6 que acabamos de comentar data -lo sabemos por expresa noticia de los vv. 40-42- del año 32, como ya hemos dicho, y para entonces, siete años después de su ingreso en el círculo, ya Horacio era un hombre público y famoso al que le resultaba difícil andar por Roma sin que lo acosaran. Sin embargo, las cosas no eran así todavía unos años antes -más o menos en el 36- cuando fue escrita la sátira I 6. Nos resulta ilustrativa esta pieza porque, como luego repetiría en las *Odas*, el vate nos comunica su peyorativa valoración del vulgo y la distancia que se interponía entre su opinión y la opinión pública (vv. 15-18): "el pueblo, que, necio, da honores con frecuencia a los que no se los merecen y, estúpido, se hace esclavo de la fama, y se queda pasmado ante los títulos y las estatuas. ¿Qué es lo que debemos hacer nosotros, apartados del vulgo lejos y más lejos?" (*a vulgo longe longeque remotos*). *Stultus, ineptus*: tales calificativos, por parte de Horacio, se merece el vulgo; *servit, stupet*: tales, a los ojos del poeta, son sus actitudes.

Pero la sátira nos interesa sobre todo porque en ella el poeta exhibe y se jacta ante Mecenas de la dicha que le proporciona su no profanada vida privada, la vida de un individuo que por el momento pasa desapercibido entre la muchedumbre (vv. 104-131):

"Ahora, si me parece bien, puedo viajar incluso hasta Tarento en un mulo castrado, al que las alforjas con su peso le llagan los lomos y el jinete los ijares: nadie me lanzará los insultos que te gritan a ti, Tilio, cuando en el camino de Tibur te van siguiendo como pretor cinco esclavos llevando tu olla de cocina

y tu jarra de vino. En esto y en otras mil cosas, ilustre senador, vivo más ventajosamente que tú: voy solo por donde me viene en gana; pregunto el precio de las legumbres y el trigo; por la tarde paseo por el Circo engañoso y por el Foro; me detengo junto a los adivinos; de allí regreso a casa, al plato de puerros, garbanzos y tortas; mi comida es servida por tres esclavos; una mesa de mármol blanco sostiene dos copas y un vaso; al lado está una jofaina de poco precio, una jarra de vino con su pátera, y vajilla de Campania. Después me voy a dormir sin la preocupación de tenerme que levantar al día siguiente temprano para encontrarme con Marsias -estatua que se alzaba en el foro, en torno a la cual se reunían prestamistas y usureros... Me quedo durmiendo hasta la hora cuarta; luego, después de leer o escribir lo que me plazca, silenciosamente paseo o me unjo con aceite de oliva, no con el que lo hace el sucio Natta que lo saca de los candiles. Y cuando, cansado, un sol demasiado riguroso me invita al baño, dejo el Campo de Marte y el juego de pelota. Después de una sobria comida (sólo lo indispensable para no pasarme el día con el estómago vacío), me quedo a descansar en casa. Esta es la vida de los que nos hemos desprendido de la desgraciada y pesada ambición. Con tales cosas me doy por satisfecho para vivir más agradablemente que si mi padre, mi abuelo y mi tío hubiesen sido cuestores".

Hay constancia a lo largo del texto, sobre todo al final, del conflicto entre la vida privada y pública; y, con esa incidencia voluntaria y regocijada en sus quehaceres particulares, la sátira parece como una página del dietario del poeta, con pormenores de horas y actividades, informándonos así de cuál podría ser el ritmo cotidiano de un hombre libre de la Roma augústea<sup>10</sup>.

7.- Reflejo también de vida privada, de la vida privada de un grupo de amigos, algunos de los cuales eran conocidos hombres de estado, es la sátira anterior, la I 5, llamada "Viaje a Brindis". En ella se nos cuenta, con todo detalle y una técnica digna del propio Celia en el *Viaje a la Alcarria*, el itinerario que recorrieron de Roma a Brindis Mecenas y algunos miembros de su círculo literario. El propósito del viaje era estrictamente político: acudir a una reunión en la que debían establecerse negociaciones con Marco Antonio, pero se ve que el grupo de amigos aprovechó la ocasión para hacer turismo y convivencia<sup>11</sup>.

El viaje data del año 37. Horacio, naturalmente, no se detiene sino de pasada (vv. 27-29) en los motivos del viaje, y se complace, en cambio, sobremanera en darnos detalles de cómo transcurría la relación entre los colegas y cuál era su actividad en cada una de las estaciones de su recorrido. Sabemos que contaba con un modelo literario en este tipo de narración, el *Viaje por Sicilia* de Lucilio, su predecesor en el género satírico. Parece que gusta el poeta de contarnos las circunstancias más vulgares y humildes de su viaje: nos relata, por ejemplo, cómo por culpa del mal agua del Foro de Apio cae víctima de una diarrea que le obliga a mantenerse en ayuno mientras cenar sus compañeros; cómo los mosquitos y las ranas no les permiten dormir durante la noche; cómo, volviendo el poeta a fijarse en su salud, se ve aquejado por una afección a los ojos y tiene que untárselos con un colirio; cómo Virgilio y él se marchan a dormir la siesta y se abstienen de jugar

---

<sup>10</sup> Cf. Fränkel, *op. cit.*, 101-105; esp. 104-105.

<sup>11</sup> Cf. Fränkel, *op. cit.*, 105-112.

a la pelota con Mecenas porque el mal de estómago en el primero y el mal de ojos en el segundo los marginaban del juego; cómo en Benevento casi se les abrasan en la cocina los tordos que iban a cenar; por último Horacio, entre otras curiosidades, nos hace confidencia de una polución nocturna que manchó su ropa de noche, secuela de haber esperado inútilmente, antes de dormirse, a una moza que no cumplió su promesa.

8.- Pero tal vez en donde consta de una manera más paladina la oposición entre vida pública y privada -oposición equiparada a otra: la de vida urbana y campestre-, es en el *Beatus ille*, segundo de sus *Epodos*, una de las piezas más famosas del poeta de Venusia. Los cuatro primeros versos son ya especialmente significativos, porque enfrentan la vida retirada con la de los negocios, porque se equipara la vida ociosa y privada con la de los hombres de la mítica edad de oro y porque -seguramente cediendo ya a consignas políticas, derivadas de los planes augústeos de regeneración de la agricultura en Italia- se asocia esta vida retirada y feliz con la existencia del labrador, como hacía Virgilio en las *Geórgicas*<sup>12</sup>, más o menos en la misma época o quizá algo después (el libro de los *Epodos* se publicó en el año 30, y Virgilio en el año 29 ya leía las *Geórgicas* a Augusto en Atela, a su regreso de Oriente):

*Beatus ille qui procul negotiis  
ut prisca gens mortalium  
paterna rura bubus exercet  
suis solutus omni faenore.*

"Dichoso aquel que, lejos de ocupaciones, como la primera raza de los mortales, labra los campos heredados de su padre con sus propios bueyes, libre de toda usura".

La mención de la usura (*faenore*) en el cuarto verso tendrá su eco en el v. 67, cuatro versos también antes del final, en donde se menciona al *faenerator Alfius*, en cuya boca se pone toda la alabanza anterior de la vida campestre: se crea así una *Ringkomposition*. La usura es una típica ocupación pública y urbana que se opone a la existencia tranquila y libre que se predica<sup>13</sup>. Pero, a continuación de esos cuatro versos, sigue el poeta mencionando actividades, como la del soldado, como la de los abogados, como la de los sumisos clientes, que desdicen de la vida presuntamente feliz de quienes habitan el campo. La expresión concreta *forumque vitat* encierra manifiestamente el rechazo por todo lo público:

*neque excitatur classico miles truci,  
neque horret iratum mare,  
forumque uitat et superba  
civium potentiorum limina.*

"Y no se despierta, como el soldado, al oír la sanguinaria trompeta de guerra, ni se asusta ante las iras del mar, manteniéndose lejos del foro y de los

---

<sup>12</sup> Cf. A. Pieri, "L'epodo 2 di Orazio e le Georgiche", *SIFC* 44, 1972, 244-266; "Horace, Epode 2, Tibullus I 1 and rethorical praise of the countryside", *Museum philologum Londinense* 1, 1975, 61-75.

<sup>13</sup> Cf. J.M. André, *op. cit.*, 460-469.

umbrales soberbios de los ciudadanos poderosos".

Las ocupaciones privadas que se proponen como alternativa a la usura, a la milicia, al foro y a la servidumbre de la clientela, son otras de gozo más individual, menos sociales, pero más comunicativas con la naturaleza: la viticultura, la contemplación de los rebaños más que la ganadería misma (*prospectat errantis greges*), los injertos, la apicultura, el esquileo de las reses, la cosecha de frutas, la vendimia, la caza... y en medio de todo ello, el libre descanso en lugares amenos: "Agrádale tumbarse unas veces bajo añosa encina, otras sobre el tupido césped; corren entretanto las aguas por los arroyos profundos, los pájaros dejan oír sus quejas en los bosques y murmuran las fuentes con el ruido de sus línguas al manar, invitando así al blando sueño" (vv. 23-28).

Respecto al amor, este usurero Alfio que discurrea sobre cómo ser feliz, se nos aparece de pronto con ciertos tintes epicúreos al acordarse no de los placeres, sino de las zozobras que lo acompañan: "¿Quién entre tales deleites, no se olvida de las cuitas desdichadas que el amor conlleva?". Pero, acto seguido, dando por supuesto que el matrimonio es otra cosa que el amor, alaba las ventajas de una esposa casta, entregada al cuidado de la casa y de los hijos, no importándole su tez quemada por el sol -el bronceado de la mujer no era precisamente en la antigüedad algo estético-, con tal de que se ocupe de tener encendido el fuego cuando llegue su marido, de encerrar los ganados en el aprisco, de hacer la comida. Véase, pues, el ideal de vida familiar que propone Alfio. Por último, aparte de ponderar los placeres de una mesa sencilla en oposición a los excesos convivales típicos de la Urbe y de los poderosos, una estampa de vida privada que parece conmovedora sobremanera es la del grupo de esclavos sentados en torno a las imágenes de los Lares, bien abrigadas con aceite.

La verdad es que Alfio calla o se olvida por completo de la comunicación interpersonal como fuente de placeres, puesto que, cuando al presunto hombre feliz del campo nos lo sitúa inmerso en una angosta comunidad familiar, ésta se compone de esposa casta y trabajadora, hijos cuidados por la madre y esclavos sentados ante los Lares, personajes todos silenciosos. Aquí Horacio por boca de Alfio, o Alfio por decisión de Horacio, nos acerca el ideario de la privanza a la estampa ideal de la familia que, con acento en la castidad, iba dibujándose en los planes de Augusto como reacción a la extraordinaria libertad en las relaciones conyugales que se había impuesto en los tiempos últimos. Mucho más epicúreo, aunque menos augústeo, se nos mostraba el poeta en la ya vista sátira I 6, en donde al describirnos su ideal de vida privada no habla de casta esposa, sino de sus amigos -y recuérdese la especial consideración de que gozaba la amistad en el pensamiento de Epicuro, quien había dicho: "la amistad danza alrededor de la tierra y a todos pregona que despertemos para gozar de la felicidad"- . Pues bien, en aquella ocasión nos trazaba Horacio este otro cuadro de felicidad doméstica: "¡Oh noches y cenas propias de dioses, en las que nosotros, mis amigos y yo, comemos ante nuestro propio Lar, y con los alimentos sobrantes, apenas probados, mantengo a mis descarados esclavos! Cada invitado vacía copas de diferente tamaño según su propia apetencia, desinhibido de normas molestas, bien que, animoso, se tome unas copas de vino puro o, si le apetece más, beba vino rebajado. Luego, nace la conversación, no acerca de granjas o casas ajenas, ni sobre si Lepos baila bien o mal, sino que tratamos aquellas cosas que nos afectan más a nosotros mismos y que es malo ignorarlas: si los hombres son felices con el dinero o con la virtud; qué es lo que nos impulsa a la amistad, al interés o al bien, y cuál es la naturaleza de éste y su más alto grado" (*Sat. II 6, 65-76*).

Como se ve, tanto en la sátira como en el epodo insiste el autor en el gozo de la gastronomía, por sobria que fuera. Pero en la sátira enfatiza sobre las relaciones amicales, repetimos, y en el epodo sobre las relaciones matrimoniales a la antigua usanza, al estilo de los sabinos y de los vetustos ápuos (vv. 41-41), con esa alusión ejemplar a los pueblos que formaron la primitiva población itálica, de proverbial austeridad y sencillez de costumbres: era la vuelta al *mos maiorum* que Octavio proponía. Tal vez Horacio, soltero toda su vida, aficionado a la aventura ocasional y a los amores temporales, no se sentía del todo asimilado a ese ideal de pureza matrimonial al estilo sabino. Quizá por eso no dejó que fuera su propia voz, sino la de Alfio el usurero, quien lo proclamara.

Nos encontramos, pues, en el epodo II -escrito probablemente no mucho antes del año 30 en que se publicó el libro de los *Epodos*- tal vez con la primera cesión palmaria a las consignas augústeas. Horacio encontró la forma idónea de armonizar su credo epicúreo, y su inherente ideal de sabio amante de la campiña, con el pregón oficial de retorno a la agricultura y a la sobriedad de costumbres<sup>14</sup>.

Del resto de los epodos nos interesan sobre todo el XVI porque, en movimiento semejante al del *Beatus ille* de rechazo de lo público -concretado aquí en el funesto panorama de las reiteradas guerras civiles- propone la huida a la campiña ideal de unas islas ultramarinas, en donde las condiciones de vida se asemejan también -como se hacía constar en el *Beatus ille: ut prisca gens mortalium*- a las de la Edad de oro<sup>15</sup>. Pero, sin duda, esta pieza es de época bastante anterior y muestra un mayor desencanto en el espíritu del poeta. El epodo I es interesante porque nos presenta enfrentadas las personalidades de Mecenas y de Horacio, el hombre público frente al privado. Toda la pieza a su vez, que describe los preparativos del viaje de Mecenas a la campaña de Accio -puede fecharse en la primavera del año 31-, crea contraste, como reflejo de sucesos de la vida pública, con el epodo siguiente, el *Beatus ille*, canto a la vida retirada.

9.- Donde ya Horacio se aviene gustosamente a cantar las glorias de los poderosos, las victorias militares y los planes de reforma es en los cuatro libros de *Carmina*. Por otra parte, el género de la oda era más idóneo que el de la sátira o el epodo para contenidos laudatorios y panegíricos.

El caso es que en las *Odas* los temas de la vida privada, como el amor, el banquete o el vino alternan -y esa alternancia en determinadas ocasiones puede llegar a tener una función en la estructura de los libros- con los temas de la vida pública contemporánea (victoria de Accio en I 37; ecos de las reformas augústeas y propuestas de renovación moral en las seis primeras odas del libro III; canto por la victoria militar de Octavio sobre los cántabros en III 14; canto a la paz octaviana en III 15; victoria de Druso y Tiberio sobre retos y vindélicos en IV 4 y IV 14; elogio de Octavio, de la paz reciente y augurios para Roma en el *Canto Secular*) en una significativa dualidad. Los primeros obedecen a una tradición poética que viene de Grecia, tanto de la poesía lírica arcaica como de la alejandrina. Los segundos son un imperativo de la circunstancia histórica que

---

<sup>14</sup> Cf. J. de Echave-Sustaeta, "Horacio desde dentro: el secreto del *Beatus ille*", *Anuario de Filología* 1, 1975, 59-65. La perduración del ideal como tema literario en las letras hispanas es estudiado en el libro de G. Agrait, *El "beatus ille" en la poesía lírica del siglo de oro*, Méjico 1971.

<sup>15</sup> Cf. J.M. André, *op. cit.*, 470-472.

le tocó vivir a Horacio<sup>16</sup>. Y entre unos y otros, entrelazado y como condimento, el ideario filosófico de moderación, de prédica de la serenidad, que era fruto de la formación epicúrea y estoica del poeta.

10.- La dualidad y oposición de lo público y lo privado se corresponde, en el tópico de la *recusatio*, con la misma dualidad y oposición de *Musa gravis* y *Musa tenuis* o *humilis*<sup>17</sup>. Lo público es más idóneo como contenido de una Musa de altos vuelos, mientras que lo privado es más propio para la Musa humilde de los géneros menores. Así en la oda I 6, "las glorias del egregio César" y las de Agripa se ponen, como tema literario, al mismo nivel que argumentos míticos propios de la epopeya como la cólera funesta del Pelida o el itinerario del falaz Ulises, y todo ese conjunto se opone al de los contenidos del ámbito privado, favoritos de Horacio: banquetes y amor; y en caso de cantar las guerras -asegura el poeta-, no cantará las de los generales, sino las de los mozos con las doncellas, que en vez de lanzas y espadas usan como armas sólo las uñas. Así también en I 19, por orden de Venus rechaza el poeta celebrar las guerras contra el escita y el parto como temas opuestos al patronazgo de la diosa. Venus y Baco aparecen, en efecto, por el ámbito en el que reinan, como deidades de la vida privada (así I 18, I 19, I 27, IV 1), mientras que el gran Apolo, dios favorito de Octavio, a cuya protección se atribuyó la victoria de Accio, se presenta como dios del estado (así en I 21, y en el *Canto Secular*). Igualmente en II 1, dirigiéndose a Polión, las guerras civiles narradas en sus *Historias* (y aquí no se trata de obra poética) se enfrentan como tema público y peligroso a los "ritmos con plectro menos solemne" a que estaba acostumbrada la Musa de Horacio. En II 12 se vuelve a negar el poeta, en otra *recusatio*, a cantar en su poesía asuntos bélicos y prefiere decir las gracias de Licimnia, dueña de Mecenas. Por último, en II 19 se dirige a un no nombrado poeta épico y le reprocha precisamente lo remoto e impertinente de sus temas, proponiéndole, en cambio, otros más cercanos a la vida de las personas comunes, más próximos al ámbito de inspiración en el que se mueve Horacio. En este caso, sin embargo, se advierte un tono hiperbólico, pues se acentúa lo inactual de los temas épicos y se enfrenta a ellos un contenido absolutamente callejero e indigno casi de la Musa, por muy humilde que fuera: "Qué lapso de tiempo separa a Inaco de Codro, el que no temió morir por la patria, es el tema de su relato; también, el linaje de Eaco y los combates que se libraron al pie de la sagrada Ilio. Pero no nos dices a qué precio podemos comprar un cántaro de vino de Quíos, quién calienta el agua sobre el fuego, ni quién y a qué hora, invitándome a su casa, me pone a resguardo del frío del país de los pelignios" (vv. 1-8). Con la alusión a temas tan cotidianos y menudos, tan de la vida corriente, la patente intención de Horacio ha sido la de caricaturizar los argumentos épicos de tema mitológico, demasiado desvinculados de la contemporaneidad y del espacio doméstico. Así, pues, a pesar de su canto ocasional a las gestas públicas, el poeta en sus *Odas* sigue mostrando su preferencia y centrándose en los asuntos privados.

11.- Bien explícitamente manifiesta el poeta, por otra parte, que su mismo oficio lo arrastra lejos del vulgo y sus ocupaciones: es, por así decirlo, como una necesidad profesional la de retirarse y vivir al margen, a la orilla del río público<sup>18</sup>. Cuando en su

---

<sup>16</sup> Cf. M. Fernández-Galiano, "Horacio medita sobre Roma", *Homenaje a P. Sainz Rodríguez*, Madrid 1986, I, 175-194.

<sup>17</sup> Cf. A. Fontán, *art. cit.*

<sup>18</sup> Sobre el ocio horaciano en las *Odas*, cf. J.M. André, *op. cit.*, 485-486.

primera oda expone, sirviéndose del recurso de la priamel, la multiplicidad de aficiones que entretienen a los mortales (el deporte, la política, la agricultura latifundista o minifundista, el comercio, la milicia, la caza,...), contraponen a todas ellas (incluso al ocio improductivo de aquel que se tumba a la sombra del árbol y escucha el ruido del agua) la suya de poeta, pero esa afición requiere el sosiego de la naturaleza solitaria y la lejanía del pueblo:

*Me doctarum hederæ paemia frontium  
dis miscent superis, me gelidum nemus  
nympharumque leues cum Satyris chori  
secernunt populo...*

"A mí la yedra, premio de frentes cultivadas, me reúne con los dioses de arriba; a mí la fresca espesura del bosque y los coros ligeros de las Ninfas acompañadas de los Sátiros me apartan del pueblo..."

No sólo la poesía le aparta del vulgo, sino que conlleva -parece decirnos Horacio en la oda I 26, aunque él mismo en muchas de sus composiciones nos lo desmiente- una falta de interés por los sucesos de grandes dimensiones allende las fronteras:

*Musis amicus tristitiam et metus  
tradam proteruis in mare Creticum  
portare uentis, quis sub Arcto  
rex gelidæ metuatur orae,  
quid Tiridaten terreat, unice securus...*

"Amigo de las Musas, entregaré la tristeza y los miedos a los vientos impetuosos para que los lleven al mar de Creta, despreocupado por completo de qué rey de la helada región, bajo la Osa, se hace temer, de qué es lo que amedrenta a Tiridates".

Al poeta le interesan asuntos más cercanos, como el elogio de su amigo Lamias, a quien se dispone a cantar.

En esta misma línea que vamos viendo hay que entender -como ya antes hemos adelantado- el solemne comienzo de la oda III 1, donde se contraponen como ejércitos enfrentados el vulgo profano y el sacerdote de las Musas:

*Odi profanum vulgus et arceo;  
fauete linguis: carmina non prius  
audita Musarum sacerdos  
virginibus puerisque canto.*

"Odio al vulgo profano y me aparto de él. Guardad silencio: sacerdote de las Musas, canto para doncellas y muchachos versos nunca antes oídos"<sup>19</sup>.

La siguiente oda, en la que se lee la famosa máxima *dulce et decorum est pro patria*

---

<sup>19</sup> Acerca del sentido de esta estrofa y del valor de *odi*, cf. Fränkel, *op. cit.*, 261-264.

*mori*, otra como la anterior de las llamadas "Romanas", cuyo objeto es más cantar las glorias y virtudes de la raza romana que las privadas inquietudes de Horacio, contiene, no obstante, una manifestación más de antipopularismo, encerrado bajo el velo de la metáfora:

*Virtus repulsae nescia sordidae  
intaminatis fulget honoribus,  
nec sumit aut ponit securis  
arbitrio popularis aerae.  
Virtus, recludens inmeritis mori  
caelum, negata temptat iter uia,  
coetusque uulgaris et udam  
spernit humum fugiente penna.*

"El valor, que no sabe de la afrentosa derrota, resplandece con honores sin mancha y no toma o deja las segures al arbitrio del viento del pueblo. El valor, abriendo el cielo a los que no merecieron morir, intenta hacerse paso por el sendero que se le ha negado, y se aleja con ala huidiza de las aglomeraciones del vulgo y del suelo encharcado".

Aquí, sin embargo, no es el poeta el sujeto del apartamiento del vulgo, sino el concepto abstracto de la *virtus*, que, como la griega, con una amplitud semántica que va desde el valor militar hasta la virtud en su más general acepción, es para Horacio atributo de elegidos y nada sabe del número y la muchedumbre. En estas estrofas, por cierto, aparece la expresión *aura popularis*, "brisa" o "viento del pueblo", que resuena en nuestros oídos como voz del poeta Miguel Hernández ("Vientos del pueblo me llevan, / viento del pueblo me arrastran..."), pero que como tal expresión era ya antigua: consta, además de en Horacio, en Cicerón, Tito Livio, Virgilio, Séneca<sup>20</sup>, y su significado metafórico es el de las veleidades e inconstancia del pueblo, es decir, algo peyorativo; no es así, desde luego, en el poeta contemporáneo, quien acaso de sus lecturas clásicas recordara vagamente la fórmula y en su proceso de creación, más o menos inconsciente, la utilizara y cambiara de signo.

12.- La felicidad, en la poesía de Horacio, se pone en relación mayormente con la vida retirada. Las glorias públicas, como la victoria de Octavio en la batalla de Accio cantada en I 37 con palabras que son eco de Alceo (*nunc est bibendum, nunc pede libero / pulsanda tellus...*), son ocasión propicia para mostrar el júbilo, desde luego, pero siempre ocurre que, aunque sea público y nacional el motivo de la fiesta, la celebración tendrá tonos de intimidad.

Son múltiples las ocasiones en las que el poeta nos describe el lugar de la dicha como un lugar apartado y recogido, lejos del vulgo. Ya en el epodo II se refería a un "valle apartado" (v. 11), a la sombra de la encina (v. 23). Y en las odas se mantendrá esa noción en expresiones como *grato...sub antro* (I 5, 3), *Tiburis umbra tui* (I 7, 21), *in reducta valle* (I 17, 17) -repetiendo palabras del epodo II-, *sub umbra* (I 17, 22 y I 22, 1), *sub arva vite* (I 38, 7-8), *Dionaeco sub antro* (II 1, 39), *umbram hospitem* (II 3, 10), *sub lauru mea* (II 7, 19), *sub alta uel platano uel hac pinu iacentes* (II 11, 13-14), etc.: la gruta, el valle,

---

<sup>20</sup> Cf. *Thesaurus Linguae Latinae*, s.v. *aura*.

la sombra de los árboles<sup>21</sup>, como escenarios íntimos para una felicidad que quiere serlo marginada de los sucesos a gran escala.

No por otro motivo Horacio, cuando tiene que invitar a Mecenas a una celebración, lo aconseja con fórmulas variadas de incitación al disfrute presente, disfrute que no le parece ser compatible con esperanzas, miedos y zozobras sobre el porvenir. Así, pues, del mismo modo que a Leucónoe en la oda del *carpe diem* (I 11) desaconsejaba la consulta a los adivinos de Babilonia para saber sobre su futuro, así también a Mecenas le pide en III 8, 13-17 que beba y se olvide de preocupaciones sobre el estado: *sume, Maecenas, cyathos amici / sospitis centum...mitte civilis super urbe curas*. Más explícito aún en III 29, Horacio vuelve a invitar a su protector a la fiesta, recomendándole el olvido de su cotidiano oficio y de la algarabía de Roma: *omitte mirari beatae / fumum et opes strepitumque Romae*. Y la razón que le da como apoyo a su monición es la esperable en un predicador incansable del *carpe diem*: "Tú te preocupas de cuál es el régimen que conviene a la ciudad y temes preguntándote angustiado qué preparativos hacen contra la Urbe los seres y Bactra, donde reinó Ciro, y el querrelloso Tánaís. El dios providente del tiempo futuro oculta el desenlace bajo una noche de tinieblas, y ríe si el mortal se inquieta por lo que está más allá de su alcance. Lo que tienes frente a ti, no te olvides de ponerlo en orden convenientemente; lo demás es arrastrado como por un río..." (vv. 25-34). Esto es decir: lo privado es más inmediato que lo público y debe ser atendido antes. La ataraxia o imperturbabilidad que preconizaban los estoicos es la receta que Horacio regala a Mecenas como remedio contra la inquietud por cuestiones políticas.

13.- Pero, a pesar de todo, Horacio en las *Odas* se doblega a cantar las glorias nacionales y la labor política del *princeps*, que él contempla sobre todo como una pacificación y regeneración moral. El poeta, desde su balcón de mero espectador, se congratula de los éxitos y asocia su voz al coro de los que aclaman el triunfo de Octavio, según testimonia en la oda IV 2, 49: "Y, mientras avanzas, diremos tres veces: ¡Hurra, victoria!, y no una sola vez ¡Hurra, victoria! la ciudad entera, y ofreceremos incienso a los dioses benévolos!". Reconoce y agradece los óptimos resultados de su política interior y exterior en la oda IV 15, clausular de su libro: "Tu edad, César, nos ha traído fecundas cosechas a los campos; restituyó también a nuestro Júpiter las enseñanzas arrebatadas a las puertas soberbias de los partos y cerró el templo de Jano Quirinal, libre de guerras; puso freno además al libertinaje que andaba fuera del recto orden, ahuyentó los delitos y reinstauró las viejas costumbres, merced a las cuales el nombre latino y el poderío de Italia, así como su fama y la erguida majestad de su soberanía, se extendieron desde la madriguera occidental del sol hasta su levante...", y todo el *Canto Secular* no es sino petición a los dioses de que tal situación sea durable y permanente. Pero, tanto en uno como en otro poema, el tono de proclama pública que constituye su núcleo se torna íntimo al final: el poeta habla de las plegarias a los dioses en el seno de una familia

---

<sup>21</sup> Para el tema de la sombra arbórea, cf. G. Schönbeck, *Der locus amoenus von Homer bis Horaz*, Heidelberg 1962; y más concretamente J. Nováková, *Umbrä: ein Beitrag zur dichterischen Semantik*, Berlín 1964; y P.L. Smith, "Lentus in umbra", *Phoenix* 19, 1965, 298-304. Es un tópico especialmente caro a la poesía bucólica: ver nuestro estudio, *Virgilio y la temática bucólica en la tradición clásica*, Madrid 1980, 148-188. También E.R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, Méjico 1976 (1948), 268-269. Sobre pasajes determinados de Horacio, cf. J.V. Cody, "The motif of bucolic repose in Horace, Carmina 2, 3 and 2. 11", *GB* 50, 1973-74, 55-59; y J.M. André, *op. cit.*, 478-482.

romana: "Y nosotros, en días laborables y días festivos, entre los dones del riente Lfber, tras invocar previamente a los dioses según el rito, acompañados de nuestros hijos y nuestras esposas, cantaremos según costumbre ancestral a los caudillos que actuaron valientemente -asociando nuestro canto a la música de flautas lidias-, a Troya y a Anquises y al linaje de la nutricia Venus"; es decir: a Eneas y a todos sus descendientes, entre ellos Octavio. Del mismo modo, la estrofa última del *Canto Secular* habla del regreso a casa del coro, después de haber cantado la gloria del caudillo y de su obra: "Volvemos a casa con la esperanza feliz y segura de que Júpiter y los dioses todos están en ello de acuerdo, nosotros, coro instruido en cantar las glorias de Febo y Diana"<sup>22</sup> .

14.- El poeta, pues, cede su voz en alabanza de los personajes públicos, pero a la postre regresa a su rincón y a su vida privada, deslindando bien esos dos campos y esferas de acción. Unos años antes del *Canto Secular*, en la epístola I 18, manifestaba también a su amigo Lolio su ideal de vida en recogimiento; que pregunte a los sabios -le dice (vv. 96-103)- si son las magistraturas (*honor*) las que proporcionan el sosiego, o más bien una módica renta (*dulce lucellum*), el camino apartado y la senda de una vida oculta (*secretum iter et fallentis semita uitae*). Es la misma "escondida senda" -según Fray Luis- de "los pocos sabios que en el mundo han sido" (*Oda a la vida retirada*). Y llegando al ámbito personal, confiesa: "A mí, cuantas veces me reanima el gélido arroyuelo de Digentia, del que bebe Mandela, aldea erizada de frío, ¿qué piensas que siento? ¿qué crees, amigo, que pido?: que siga yo teniendo lo que ahora tengo, o incluso menos, y que viva para mí lo que me resta de vida, si quieren los dioses que me reste algo; tener un buen montón de libros y de frutos que me duren para todo un año, de modo que no flote yo, pendiente de la esperanza de una honra dudosa" (vv. 104-110). Lejos quedaba la voz de Platón en la *República* (VII, 519d-520e) proponiendo al filósofo deberes políticos. Más bien Horacio parece pensar como más tarde Séneca dirá a Lucilio (VIII 73): "El varón sincero y puro, que abandonó la curia y el foro y toda administración de la cosa pública para retirarse a ocupaciones de más vasto alcance estima a aquellos a quienes debe poder hacerlo con seguridad; sólo él les rinde un homenaje desinteresado y, sin que ellos lo sepan, les debe un gran beneficio. Confesará, pues, que debe mucho a aquel por cuya administración y previsión puede gozar de un ocio fecundo y del libre empleo de su tiempo, así como de un descanso no perturbado por ocupaciones públicas". Sí, en efecto, la actitud de Horacio, cantor de la gloria pública de Roma y Octavio, pero guardián celoso de su vida privada, de su ocio de poeta y de su felicidad lejos de la corte, es la misma actitud del Tíforo de la primera égloga vigiliana: "¡Oh Melibeo!, un dios nos proporcionó este descanso, pues él será para mí siempre un dios, y su altar a menudo lo salpicará de sangre un cordero tierno de nuestra majada. Él permitió que mis vacas erraran al azar, como ves, y que yo mismo ensayara lo que quisiera con mi agreste caramillo".

---

<sup>22</sup> Cf. M. Fernández-Galiano, "El canto de los siglos", *Cultura y existencia humana. Homenaje a Jorge Uscaescu*, Madrid 1985, 145-153. Cf. Fränkel, *op. cit.*, 364-382.

## SIRIA Y EL ENFRENTAMIENTO ROMANO-SASANIDA EN EL SIGLO IV d.C.\*

Elisa Garrido González

La situación en la que se encontraba durante la Antigüedad Tardía el territorio de Siria está determinada por el hecho de que, junto con otras regiones del Próximo Oriente, Siria constituía la línea fronteriza oriental del Imperio Romano.

Pues bien, las condiciones en las que se desarrollaba la vida en la frontera oriental de Roma durante el s. IV d. C. están irremediablemente supeditadas por un factor, la existencia de un Estado vecino y rival: la Persia Sasánida.

La impresión que de las fuentes contemporáneas se puede deducir es que Roma consideraba a Persia como el máximo enemigo<sup>1</sup>. Es decir, en la literatura latina, Persia siempre está caracterizada de un modo desfavorable, en el que los rasgos negativos como la lujuria, la crueldad o el afeminamiento han llegado a formar una serie de *topoi*<sup>2</sup>. Esta opinión se debe, en parte, a que Roma estimaba que el ascenso de la dinastía Sasánida suponía la victoria de la reacción oriental contra los helenizados partos Arsácidas.

En consecuencia, Roma veía en los Sasánidas, a los enemigos tanto del mundo clásico como de ellos mismos<sup>3</sup>. De ahí se deduce que el Estado romano considerase que su misión era la de continuar y por lo mismo salvaguardar la tradición helenística, de manera que la Roma tardoimperial pretenderá ser la heredera de los griegos de Maratón y

---

\* La base de este artículo se encuentra en una conferencia que dicté en el ciclo de conferencias dado en la Universidad Autónoma de Madrid con motivo de la exposición que allí tuvo lugar en Abril de 1988 con el título: Siria. Encrucijada de la Historia.

<sup>1</sup> Arce, J., "La frontera del Imperio Persa: Constancio II y Heraclio", *Erytheia* 1987, 8, 6.

<sup>2</sup> Marcone, A., "Il significato della spedizione di Giuliano contro la Persia", *Athenaeum* 1979, 339; Paratore, E., "La Persia nella letteratura latina", *Atti del conv. La Persia e il mondo greco-romano*, Roma 1965, 505-558.

<sup>3</sup> Marcone, A., 1979, 338; *Cambridge History of Iran* 3, 1, 568.

Salamina con lo cual se erige en centinela de la civilización de Occidente en Oriente<sup>4</sup>. Por todo ello, parece inevitable la existencia de un conflicto permanente entre Roma y Persia.

Ahora bien, curiosamente los mismos Sasánidas reclamaban algo semejante: es decir, que eran los descendientes de los antiguos reyes del Irán, por lo que exigían la herencia de los Aqueménidas. Así pues, se entiende que el Estado Persa Sasánida fuera el enemigo por excelencia de Occidente<sup>5</sup>.

Por otra parte, si bien la visión historiográfica está dominada por la perspectiva de las relaciones entre dos Estados perfectamente organizados pero que resultan antagónicos: el Estado Romano por una parte y el Estado Persa Sasánida por otra, no debe olvidarse que desde el siglo III en la frontera oriental romana actuaba otro factor. Se trata de un importante elemento que representa además una variable en las relaciones Roma/Persia.

¿A qué nos estamos refiriendo?.

Simplemente a las tribus del desierto de Siria y Arabia -de las que saldrá un día Mahoma- que en esta época aún están muy lejos de formar una entidad estatal; de hecho, muy al contrario, estos pueblos forman un conjunto anárquico cuyo régimen de vida era el nomadismo.

El rasgo que nos interesa destacar es que si bien estas tribus se alían tanto con Roma como con Persia, sin embargo no establecen lazos de amistad permanente con ninguno de estos Estados; por lo cual, estas tribus representan un grave peligro potencial, pues -situadas en una tierra de nadie- existía siempre la posibilidad de que en un determinado momento podían cambiar de aliado; un ejemplo de ello, lo veremos posiblemente en el caso de la muerte del Emperador Juliano, pues según Libiano el soldado que mató a Juliano era un *Taienos*, nombre que es la versión griega del siríaco *tayyaye*, el cual es el equivalente al común *sarakenoi* que se utiliza en el s. IV<sup>6</sup>.

Lo cierto es que la actitud recelosa de Roma hacia estas tribus resulta evidente si se tiene en cuenta que precisamente el *limes arabicus* se construyó contra ellas. Es decir, el gobierno romano solo consideraba una alternativa: o bien estas tribus se aliaban con él o bien se las sometía.

El desarrollo de las relaciones político-militares entre el Estado romano y el Estado persa no resultan del todo mal conocidas durante el Bajo Imperio. Sin duda alguna, las reivindicaciones territoriales expuestas por ambos Estados constituyen el punto de litigio permanente, el cual se convierte en la causa de los enfrentamientos que tienen lugar en el s. IV.

Como ya hemos advertido, Persia se presenta para Roma como un enemigo supremo y además nunca resuelto; pero este sentimiento es totalmente recíproco, pues igualmente Persia plantea una continua reivindicación en relación a las regiones de Occidente, que

---

<sup>4</sup> Marcone, A., 1979, 339.

<sup>5</sup> Marcone, A., 1979, 339; Piganiol, A., *L'Empire Chrétien*, París 1972<sup>2</sup>, 22.

<sup>6</sup> Arce, J., 1987, 11; Piganiol, A., 1972<sup>2</sup>, 20.

habían sido conquistadas por el Estado romano a los Seléucidas<sup>7</sup>.

En consecuencia, el territorio motivo de disputa lo constituían los cursos del Tigris, el Eúfrates y Mesopotamia, pues de su dominio dependía la seguridad de la Siria romana y el control de la Armenia Mayor que por su posición geográfica formaba un Estado tapón, mientras que la Armenia Menor está directamente incluida en el Estado Romano<sup>8</sup>.

Por lo pronto, puede que hubiera -aunque no todos los investigadores lo aceptan- un reglamento parcial en el 287 debido a que Bahram II, expuesto a la rebelión de su hermano Hormisdas, intentó del Estado romano bien la alianza, bien la neutralidad, para lo cual entregó a Roma la Osrhoene y el conjunto de tierras al oeste de una línea marcada por el Balij y su prolongación hasta el curso superior del Tigris, es decir, Armenia y el Norte de Mesopotamia<sup>9</sup>.

En cualquier caso, lo cierto es que ya en el 296-297 Narsés, tras destronar a Bahram III, se dirigió contra el rey de Armenia: Tiridates, protegido de Roma, y el ejército persa ocupó dicha región, además de Osrhoene, Siria e incluso llegó cerca de Antioquía; ello provocaría de inmediato el inicio de la confrontación.

Diocleciano envió a Galerio en el 297, quien tras partir de Asia Menor invadió Armenia; aunque fue derrotado en un primer momento, logró poco después una decisiva victoria en el valle del Araxes ya que capturaría a la familia del monarca persa; luego, de allí descendió hacia el Eúfrates medio, tomó Nísibe y en el otoño llegó a Ctesifonte.

Todo ello obligó a Narsés a aceptar un tratado de paz, la Paz de Nísibe<sup>10</sup>; en la cual Diocleciano impuso en el 297 ó 298 sus condiciones:

1. En primer lugar se determinó que en la provincia de Mesopotamia se volvería a los límites de la época de los Severos: el Khabur, el Djiebel Sindjar y el Tigris, por lo que se estableció que Roma controlaría las satrapías de la Armenia meridional, al sur de Arsánias; es decir, se produjo la anexión de las 5 satrapías transtigrítanas en la Alta Mesopotamia.

2. En segundo lugar se concedió una compensación al rey de Armenia de los territorios persas en Azerbadjan. Es decir, se consolidó el reino de Armenia bajo la protección romana.

---

<sup>7</sup> Arce, J., 1987, 7.

<sup>8</sup> Marcone, A., 1979, 335.

<sup>9</sup> *Panegírico* 10, 7, 5; 10, 6-7; Frézouls, E., "Les fluctuations de la frontière orientale de l'Empire romain", *Actes du Colloque de Strasbourg. La Géographie administrative et politique d'Alexandre à Mahomet*, 1979, 214; Seston, W., *Dioclétien et la Tétrarchie*, París 1946; Ghirshman, R., *L'Iran des origines à l'Islam*, París 1976, 287.

<sup>10</sup> Cuya conmemoración se refleja en el arco de Galerio en Salónica; *Cambridge History of Iran* 3, 1, 130 ss.; Chastagnol, A., *L'évolution politique, sociale et économique du monde romain de Dioclétien à Julien. La mise en place du régime du Bas Empire (284-363)*, París 1982, 102.

3. En tercer lugar se confirmaron las pretensiones de Roma de ejercer un estrecho control sobre el Reino Ibero; de hecho, se estableció que en adelante este rey recibiría del emperador romano las insignias de su realeza<sup>11</sup>.

Hay además una cláusula controvertida que trataría de la obligación para todas las relaciones entre Persia y el Imperio Romano de pasar por Nísibe<sup>12</sup>. Se ha supuesto que esta condición habría estado motivada por las preocupaciones fiscales y monetarias de Diocleciano, por lo que habría afectado más directamente a los comerciantes romanos que a los persas. También se habría tratado con esta disposición de impedir las penetraciones subversivas procedentes del territorio persa<sup>13</sup>.

En cualquier caso con este tratado se provocó un cambio en las fronteras al este de Osrhoene y al sur de Armenia, por lo que la relación de fuerzas se tornó desfavorable para los Sasánidas<sup>14</sup>.

Desde la conclusión de esta paz del 298 parece que las relaciones entre ambos Estados se desarrollaron, no sabemos si con cordialidad, pero sí al menos con un respeto mutuo por ambas partes, ya que no hay noticias de que hubiera habido algún tipo de enfrentamientos. Sin embargo, el recelo de Roma es una realidad, ya que se manifestó en la construcción por orden de Diocleciano de una línea de fortificación en todo el *limes*. En efecto, se realizaría en Mesopotamia, Armenia y Siria, una activa política de construcciones defensivas, se trata de la *strata Diocletiana* (numerosos *castella* y torres de señales y defensa) creada después del 298.

Probablemente el sistema de Diocleciano estaba basado en una línea de fuertes situados a intervalos regulares a lo largo de un camino militar principal de Damasco y Palmira a Sura en el Éufrates. Esta línea tenía una real capacidad defensiva con una legión en Oresa, otra en Sura, y a la vez en Circesium, en la orilla norte del Éufrates, se situaba también una legión. Al oeste de la línea principal, entre el "codo" del Éufrates y la ciudad de Calcis había un haz de caminos, que siguiendo la información de Malalas, se ha identificado con el *limes de Calcis*<sup>15</sup>.

---

<sup>11</sup> Lact. *De mort.* 9, 5-7; Amm. 24, 1, 10; 25, 7, 9; Festo, *Brev.* 15; Pedro el Patricio, frag. 14 (Müller, *FHG* IV, 189); Frézouls, E., 1979, 214; Chaumont, M.L., "Conquetes sassanides et propaganda mazdéene (IIIème siècle)", *Historia* 1973, 692; Blockley, R.C., "The division of Armenia between the romans and ther persians at the end of the fourth century A.D.", *Historia* 1987, 223; Warmington, B.H., "Objectives and strategy in the Persian War of Constantius II", *Limes Akten XI. Int. Limeskongresses*, Budapest 1977, 510.

<sup>12</sup> Pedro el Patricio, PG 113, col 675; Frézouls, E., 1979, 214; Stein, E., *Histoire du Bas-Empire*, París 1959, 80; Seston, W., 1946, 174; Arce, J., 1987, 8.

<sup>13</sup> Frézouls, 1979, 214, 222n. 189: los *saraceni* del desierto sirio-árabe que Amm. 22, 15, 2, identifica con los árabes Escenitas, i.e. nómadas.

<sup>14</sup> Frézouls, 1979, 215. Aur. Vict. *De Caes.* 39, 36.

<sup>15</sup> Se considera que ahora es cuando la ciudad de Amida pasa a ocupar un lugar de importancia en esta zona, cfr.; Frézouls, 1979, 215; Arce, J., 1987, 8; Liebeschuetz, W., "The defences of Syria in the Sixth century", *Studien zu den Militärgrenzen Roms*, Colonia 1977, 488; Mouterde, P., Poidebard, A., *Le limes de Chalkis*, París 1945.

Por otra parte, las relaciones entre ambos Imperios se veían amenazadas no solo por los encontrados intereses territoriales, sino a la vez por cuestiones de carácter religioso. En efecto, el hecho de que fuera Constantino el que alcanzara en última instancia el máximo poder en Roma, implicó que una de sus preocupaciones, como es bien conocido, fuera el de la "protección" a la población cristiana. Por ello, se inmiscuirá en los asuntos internos persas. Un ejemplo lo puede representar el hecho de que enviara una carta al rey Sapor II<sup>16</sup> para que no actuara en contra de sus súbditos cristianos, lo que motivó que éste sospechara de inmediato de ellos.

No debe extrañar que la excusa religiosa resultara útil para el emperador romano, ya que ella le legitimaba y le permitía mostrar su recelo e incluso sus amenazas a un vecino, no precisamente bien aceptado y que además ahora con Sapor II se tornaba más peligroso. En efecto, el Estado persa contaba con un nuevo monarca; el hecho es que tras Narsés y un período de más o menos calma debido a problemas dinásticos, el trono sasánida lo va a ocupar el rey Sapor II, cuyo período de gobierno (309-379) supuso el punto culminante del poderío sasánida; por ello, no debe asombrar que una de sus preocupaciones fuera la de recuperar aquellos territorios occidentales, especialmente Armenia, que habían perdido sus antecesores ante Roma<sup>17</sup>.

La conjunción de estos hechos hace que se desencadene la guerra, en cualquier caso iniciada, al parecer, por Sapor y el enfrentamiento se dió en Mesopotamia; éste se apoderó de Armenia<sup>18</sup>. La respuesta de Constantino consistió en el envío de su sobrino Hannibaliano, a quien además nombró rey de Armenia<sup>19</sup>, acto que significaba la anexión de este territorio por parte romana.

Es posible y así se ha señalado que Constantino tuviese interés en que se llegase a una ruptura de hostilidades con el Estado persa para de esa forma conseguir una culminación a sus triunfos militares ya obtenidos con los godos y los sármatas<sup>20</sup>.

Al parecer Hannibaliano obtuvo algún éxito, pero la muerte de Constantino suspendió las hostilidades, por lo cual este conflicto formó parte de la herencia del hijo de Constantino, Constancio II -ejecutado ya Hannibaliano-, quien pudo llegar a un acuerdo con Sapor II, una vez que éste se vió obligado a levantar el asedio de Nísibe en el 338, que había sido eficazmente defendida por su obispo Santiago<sup>21</sup>. Este acuerdo consistió en hacer un nuevo reparto por el que se devolvía Armenia a un Arsácida<sup>22</sup>.

En cualquier caso, lo cierto es que todo el reinado de Constancio II se vio envuelto en la guerra persa en la que alternaron períodos de calma con hechos dramáticos como

---

<sup>16</sup> Eus. V. Const. IV, 9-13; Frézouls, 1979, 216; Piganiol, A., 1972 (2), 62: Hay quien considera que esta carta es una falsificación.

<sup>17</sup> *Cambridge History of Iran* 3, 1, 137; Ghirshman, R., 1976, 287.

<sup>18</sup> Se le reventaron los ojos y se le llevó en cautividad. Frézouls, 1979, 216.

<sup>19</sup> Amm. 14, 1, 2; Philost. 3, 22; Frézouls, 1979, 216; Warmington, B.H., 1977, 512.

<sup>20</sup> Warmington, B.H., 1977, 509.

<sup>21</sup> Piganiol, A., 1972 (2), 84; Peeters, R.P., *AB* 1920, 291; Stein, E., 1959, 212.

<sup>22</sup> Frézouls, 1979, 216.

fue la pérdida de la ciudad de Amida<sup>23</sup>.

En efecto, Constancio II en el 343 franqueó el Tigris<sup>24</sup> luchó contra los persas en Adiabene, y tomó el título de *Adiabenicus*. El resultado concreto fue el de impedir una vez más que los Sasánidas se apoderaran de Nísibe en el 346; después se concluyó una tregua para, a continuación, recomenzar la lucha en el 348 y esta vez los romanos sufrieron una grave derrota en Singara, pues Constancio intentó evitar el combate, pero sus soldados indisciplinados se lanzaron a la ofensiva y lograron apoderarse del campamento enemigo; en pleno pillaje romano los persas llevaron a cabo un contraataque que masacró a las fuerzas romanas<sup>25</sup>; ahora bien, Sapor volvió a fracasar por tercera vez ante Nísibe en el 350.

Posteriormente, del 350 al 358, se desarrolló una etapa de tranquilidad en la frontera porque Sapor estaba ocupado en otra parte de su imperio. Se trataba del problema que representaba el ataque de los nómadas procedentes del Asia Central en su frontera oriental<sup>26</sup>; este acontecimiento permitió a Constancio II a su vez dirigirse también a Occidente para hacer frente a la grave crisis que se había desencadenado con motivo de la usurpación de Magnencio, desde el 350, y que había supuesto nada menos que la muerte del emperador, su hermano Constante. Todo ello, significaba que la estabilidad y unidad del Imperio estaba en peligro; igualmente, suponía un grave riesgo para la continuidad de la propia familia constantiniana; por ello, Constancio al dirigirse hacia Occidente dejó al frente de los asuntos de Oriente, al menos nominalmente, a su sobrino Galo, como César.

Además, en relación con este nombramiento se encuentra la primera separación del mando centralizado del *comitatus* constantiniano, pues a Ursicino se le dió el mando del ejército en el Este con el rango de *magister equitum*.

Por otra parte, ausente Constancio de Oriente el PPO de Oriente Musoniano actuó por su cuenta e intentó aprovechar las dificultades de Sapor en su frontera oriental y según *Amm.* (16, 9) sugirió al sátrapa de Asiria y de Babilonia, Tamsapor que se debería llegar a un acuerdo solemne de no agresión, ya que la paz con Roma les permitiría actuar con más libertad. Ahora bien tal proposición fue interpretada como un signo de la debilidad romana, además de que en ese momento 357/358 el Estado persa se encontraba ya en una posición de fuerza al haber rechazado el peligro que le amenazaba la frontera oriental pues se había concluido una alianza con los chionitas.

En cualquier caso, una vez que había asegurado su frontera oriental, Sapor se dirigió nuevamente hacia Occidente. En primer lugar, el soberano persa envió en el 358 una embajada a Constancio con la reclamación de la tradicional reivindicación sasánida, la cual

---

<sup>23</sup> *Amm.* 19, 1-8; Frézouls, 1979, 216, 221: Amida es el testimonio de cómo un lugar es a la vez importante por sus fortificaciones, su concentración de fuerzas romanas y encarnizamiento de los combates; es la llave de la Alta Mesopotamia y Constancio II la hizo el centro de un dispositivo defensivo considerable.

<sup>24</sup> *Lib., Or.*, 59, 83.

<sup>25</sup> Piganiol, A., 1972 (2), 85.

<sup>26</sup> *Amm.* 14, 3, 1 y 16, 9, 3; Warmington, B.H., 1977, 514.

exigía la recuperación por parte de Persia de todo el territorio aqueménida, pero realmente se insistía solo sobre Armenia y Mesopotamia. Como es lógico, Constancio rechazó la petición de Sapor, aunque no cerró la puerta a un posible acuerdo de paz, porque envió una embajada encabezada por el *comes* Próspero. En la réplica romana se negaba formalmente la sugerencia de Musoniano. Pero la embajada de Próspero se encontró a Sapor en plena preparación para un ataque, sin embargo, Constancio envió una segunda misión que no era sino una obvia dilación táctica<sup>27</sup>.

Ciertamente el rey sasánida promovió las hostilidades; al parecer, el nuevo plan de Sapor era el de moverse rápidamente por Mesopotamia y Osroene al Éufrates y luego cruzar a Siria; es decir, se trataba de llevar a cabo una larga *razzia*; ahora bien, la noticia que llegó a Sirmio, lugar de residencia de Constancio II, fue la toma y saqueo de la ciudad de Amida por el ejército persa. Por ello, de forma inmediata el emperador romano se puso en camino hacia la frontera oriental, pasó el invierno del 359/360 en Constantinopla y llegó en primavera al frente de Mesopotamia donde no fue capaz de evitar que Sapor II tomara en el 359 Amida y en el 360 Singara y Bezabde.

Sin embargo, poco después Sapor retiraría su ejército y *Amm.* (21, 13, 8) solamente dice que el rey no había tenido auspicios favorables; al parecer, los oráculos prohibían al ejército franquear ese año cualquier río<sup>28</sup>.

Ciertamente resulta difícil de explicar esta actitud del rey persa, aunque se supone que en el balance de ganancias y pérdidas, posiblemente éstas superaran a aquéllas. En cualquier caso, el hecho es que la situación en la frontera oriental romana a la muerte de Constancio II y tras más de 20 años de hostilidades era la siguiente: el Tigris se encontraba aún bajo poder romano excepto en Bezabde, aunque también es cierto que un número de ciudades y puntos fortificados habían sido destruidos; de cualquier forma, por razones geográficas debe admitirse que todas o la mayoría de las *regiones transtigritanas* habían pasado bajo control persa, pero Armenia permaneció como aliado de Roma<sup>29</sup>.

Por otra parte, en numerosas fuentes se prestó atención a la política fronteriza de Constancio II y se expresaron con frecuencia diversas opiniones al respecto. En general, según parece, la opinión que suscitó dicha política fue desfavorable por carecer de un carácter ofensivo, e incluso parece que un sector de la historiografía antigua<sup>30</sup> le reprochó su falta de iniciativa.

Estas opiniones contrarias a Constancio se han explicado por una parte porque constituye un tópico de la historiografía latina y por otro porque estos historiadores preferían la política agresiva posteriormente seguida por Juliano.

Así pues, la actitud de Constancio II en la frontera oriental romana fue simplemente de carácter defensivo, de vigilancia y reforzamiento de la línea fronteriza. Ahora bien, eso

---

<sup>27</sup> Warmington, B.H., 1977, 515.

<sup>28</sup> Piganiol, A., 1972 (2), 119.

<sup>29</sup> Chastagnol, A., 1982, 133; Marcone, A., 1979, 335; Warmington, B.H., 1977, 512 ss.; Festo, *Brev.* 27.

<sup>30</sup> *Aur. Vict.*; *Amm.* 21, 16, 15; *Eutrop.* 10, 10, 1; *Lib. Or.*, 18, 206 ss.

no impide que igualmente sea destacable la continua dedicación prestada por el emperador al problema de la frontera; en efecto, es verificable cómo acudía de un lugar a otro de la frontera: Amida, Bezabde, Antioquía, Nísibe, Antinunópolis, Reman, Busan, Barsalo, Calínico, Vista y Singara, y cómo se preocupaba de sus defensas y fortificaciones<sup>31</sup>. Esta intensa actividad fronteriza constituyó un rasgo característico de la política imperial de la época, ya que se observa el mismo fenómeno en occidente con el emperador Fl. Jul. Constante.

A continuación nos encontramos con el trágico suceso de la expedición de Juliano, que tras un comienzo prometedor se frustra por la muerte del emperador.

Al parecer, la campaña de Juliano no pretendía anexionar territorios en Mesopotamia o "destruir a los persas" como proclama el gran discurso recompuesto por *Amm.* (23, 5, 16-23): *Abolenda nobis natio molestissima...*, sino que su objetivo era restaurar el prestigio del Imperio romano y restablecer su dominio en Armenia; quizá solo eventualmente pretendería reemplazar a Sapor por un sasánida más comprensivo, un tal Hormisdas, que acompañaba al ejército romano en la campaña; igualmente se ha hecho referencia a motivaciones de tipo religioso en la empresa de Juliano<sup>32</sup>.

En cualquier caso, todas las cuestiones relacionadas con esta expedición resultan extraordinariamente controvertidas y han sido motivo de vivas discusiones, tanto en lo relativo al objetivo real de la campaña como a, fundamentalmente, los límites de ésta.

Respecto a lo primero se cita el ansía de emular a Alejandro y a Marco Aurelio (*Jul. Ep.* a Temistio 253 A-253 B); por otra parte, se ha señalado que la campaña contra los persas organizada por Juliano era poco popular (*Amm.* 23, 1, 5-7). Efectivamente, se ha observado que alrededor de Juliano había dos partidos: uno favorable a la expedición y el otro contrario, e incluso hubo un complot militar para asesinar a Juliano mientras pasaba revista a su ejército en Antioquía (*Lib. Or.* 18, 194; 15, 43; 12, 84 ss.).

El sector contrario a la campaña contra los persas se constituía por elementos occidentales, que no deseaban que su emperador (elevado al trono con el apoyo de Occidente, que aquí debe identificarse con la Galia) arriesgara la seguridad de Occidente con una expedición tan alejada como era el Estado persa.

Además, a la oposición a la campaña persa programada por Juliano hay que añadirle un factor religioso, pues Juliano desprecia en todo momento el consejo y la opinión de los harúspices y prefiere el de los "filósofos", es decir, se produce un enfrentamiento entre por una parte los harúspices etruscos que se presentan como los intérpretes de la voluntad de los dioses mediante su ciencia adivinatoria y por otra está el grupo de los *philosophi* que también se definen por su religión, a los que se les podría conocer como los neopaganos en los que hay una tendencia sincrética y filosófica por oposición al paganismo conservador de otros medios romanos<sup>33</sup>.

---

<sup>31</sup> Arce, J., 1987, 8-9; Warmington, B.H., 1977, 518.

<sup>32</sup> Marccone, A., 1979, 340 ss.

<sup>33</sup> Geffcken, J., *Kaiser Julian*, Leipzig 1914, 117; Marccone, A., 1979, 342 ss.; Conduché, D., "Ammiem Marcellin et la mort de Julien", *Latomus* 1965, 364-5.

Desde luego, los presagios de la campaña eran negativos, pues los Libros Sibílicos que Juliano había ordenado consultar, expresaban la prohibición de que ese año se ausentase el emperador de su territorio (*Amm.* 23, 1, 5-7); además, durante toda la campaña se sucedieron una serie de incidentes que fueron interpretados como de mal augurio<sup>34</sup>.

Juliano salió de Antioquía el 5 de marzo del 363. Destacó una pequeña fuerza (16.000 hombres, Zósimo) bajo un pariente, Procopio, y el conde Sebastián con el objetivo de que cruzara el Norte de Mesopotamia e invadiera Adiabene. A la vez el mismo emperador marchó con el grueso del ejército (50.000 hombres y una flota de 100 barcos para provisiones y material) a lo largo del Eúfrates, la ruta directa de Babilonia, acompañado por el PPO de Oriente Salustio, el *magister Officiorum* Anatolio, los filósofos Máximo y Prisco y el médico Oribasio.

Juliano derrotó al ejército persa que protegía Ctesifonte, la capital del reino, pero no intentó capturar la ciudad. No debe olvidarse que esta ciudad era considerada fatal para la guerra romana contra Persia, ya que había una superstición que hacía de Ctesifonte el límite máximo concedido al destino de la expansión romana en Oriente<sup>35</sup>.

Además la decisión de Juliano de no intentar la captura se debería a dos razones; por una parte, a que sabía que el rey persa no presentaría batalla campal en este lugar, y por otra, a sus propios soldados que ya habían dado muestras de disgusto, por lo que no convenía embarcarlos en un asedio que sería excesivamente largo y que les bajaría la moral; por ello, prefirió, con audacia, ir al encuentro del rey persa<sup>36</sup>. Quemó la flota que había hecho llevar al Eúfrates y marchó hacia el Norte para unirse con Procopio, pero la situación se volvió angustiosa pues encontró grandes dificultades en el avance a través de un país devastado y con un móvil y esquivo enemigo que hostigaba en los flancos. En una de estas escaramuzas, sin que se haya podido determinar con exactitud el lugar en el que sucedió, fue herido por un lanzazo a consecuencia del cual murió el 27 de junio del 363<sup>37</sup>.

Una cuestión que resulta peliaguda es la referida al autor del lanzazo que provocó la muerte del emperador, ya que existe la sospecha de que no fue un persa sino un soldado romano.

Por su parte, *Amm.* (25, 3, 6) recoge la opinión de que no se sabía muy bien de dónde había procedido la lanza (*incertum unde*) y también afirma (25, 6, 6) que no era cierto el rumor según el cual el golpe procedía de un dardo romano; luego, Zósimo solo se refiere a que fue golpeado por una espada y Libanio (*Or.* 24, 6, 18; *Or.* 28, 275) acusa explícitamente a un soldado cristiano pues afirma que fue un *Taienos* bajo instigación cristiana; mientras que Gregorio de Nazianzo (*Or.* 5, 13) no excluye la posibilidad de que

---

<sup>34</sup> Conduché, D., 1965.

<sup>35</sup> Arce, J., 1987, 5: en un panfleto de finales del siglo IV se encuentra la profecía de que "ningún príncipe romano logrará ir más allá de Ctesifonte". Además hay dos pasajes significativos relativos a la muerte de Caro, el *De Caesaribus* 38, 3-5, y la *Historia Augusta, Vita Cari* 9. Cfr. Marcone, A., 1979, 349.

<sup>36</sup> Marcone, A., 1979, 350.

<sup>37</sup> Chastagnol, A., 1982, 154; Marcone, A., 1979, 353; Conduché, D., 1965, 359-380.

fuera un romano el responsable del crimen. Por su parte Philostorgio (VII, 15) dice que fue un sarraceno.

Un hecho que podría presentarse como contradictorio respecto de la autoría del crimen es que Ammiano señala que la oposición importante a Juliano durante la campaña persa era esencialmente pagana y que ella fue la que se aprovechó de la muerte del emperador<sup>38</sup>, por lo que podría suponerse que fueron paganos los asesinos de Juliano o al menos los instigadores del asesinato; sin embargo, Libanio es el que ofrece la versión contraria de una responsabilidad cristiana en el magnicidio.

Sin embargo, como se ha señalado, la honestidad del relato de Amm. está fuera de toda duda -además de haber sido testigo de los hechos-, por lo que si no habla de una oposición cristiana a Juliano durante la campaña persa es que ella no fue importante, y por lo tanto difícilmente responsable de tal acto.

En consecuencia, la divergencia entre el testimonio de Amm. y el de Libanio se puede explicar desde otra perspectiva, desde las propias condiciones personales de ambos autores. Ya hemos advertido la credibilidad generalizada de que goza el relato de Ammiano; por su parte, Libanio estaba condicionado por lo que vio durante la estancia de Juliano en Antioquía: una fuerte oposición cristiana (incluso hubo dos mártires: Juventino y Maximino), una oposición a la política religiosa y no a la expedición militar programada por el emperador. No obstante, Libanio simplemente dedujo de los acontecimientos que él había visto en Antioquía, que la muerte de Juliano fue motivada por los cristianos<sup>39</sup>.

Con todo, Libanio nos proporciona una información de gran interés; se trata de que el autor del asesinato era un *Taienos*. Ya dijimos al principio de esta exposición que este nombre era la versión griega del siríaco *tayyaye*, equivalente a *sarakenoi*. En consecuencia, Libanio alude a un miembro de las tribus de sarracenos del desierto de Siria. Ahora bien ¿en qué ejército combatía?. Aquí puede observarse algo que ya habíamos advertido, el hecho de que las tribus de sarracenos de los desiertos de Siria actuaban tanto frente a Roma como frente a Persia sin conciencia alguna de fidelidad y únicamente se movían en razón de sus propios intereses. En definitiva, este *Taienos* pudo ser perfectamente el instrumento de un complot que desde las propias filas romanas se había dirigido contra el emperador. Así se pueden conciliar los diferentes datos de las fuentes.

En cualquier caso no se cubrieron los objetivos previstos por Juliano, sino que además, con la muerte del emperador, cundió el pánico en el ejército y el nuevo emperador, Joviano, tuvo que concluir una paz en el mismo año 363, ciertamente desfavorable para Roma, según Amm. (25, 3-6) una *pax pudenda* pues se perdió una gran parte de la provincia de Mesopotamia, se abandonó Singara y Nisibe, cuya población fue expulsada, se abandonó más de la mitad de la Armenia meridional adquirida en el 297, es decir, las 5 satrapías transtigritanas; también se renunció a todo control sobre el Reino armenio, y se aceptó el pago de un tributo a los persas con la excusa de que juntos frenarían en el

---

<sup>38</sup> Conduché, D., 1965, 373.

<sup>39</sup> Conduché, D., 1965, 374 ss.

Cáucaso a los invasores del norte<sup>40</sup>, alanos y nómadas.

Aunque Joviano murió pronto, lo cierto es que las consecuencias de este acuerdo fueron duraderas, pues de hecho se había firmado una paz para un período de 30 años. De esta manera se produjo la sumisión del rey de Armenia a los persas, así como la imposición de los Sasánidas sobre Iberia<sup>41</sup>.

Además algo que resulta de gran interés es que podemos determinar cuál fue la reacción que suscitó en la opinión pública romana este tratado; lo interesante está en que éste es uno de los pocos casos en los que hay documentos que nos permiten hacernos una idea respecto de un estado de opinión existente en la sociedad romana. En efecto, según los testimonios disponibles este tratado fue considerado como una vergüenza insuperable<sup>42</sup>.

Sin lugar a dudas se había modificado sensiblemente el equilibrio de fuerza, con un claro perjuicio para Roma, aunque en relación a la frontera Roma conservó el mismo territorio de antes de la anarquía militar, por lo que el resultado conseguido con el tratado del 363 consistió en la anulación de los avances logrados durante la Tetrarquía<sup>43</sup>.

Seguidamente se desarrollan una serie de acontecimientos que resultan bastante confusos y difíciles de precisar.

En el reinado de Valente y durante el conflicto que este emperador tiene con la insurrección de Procopio y la guerra gótica, el rey persa Sapor II aprovechó la ocasión para ocupar Armenia e Iberia; aunque las expediciones o campañas que se realizan (364-368) no resultan bien conocidas, parece que logró hacer prisionero al rey de Armenia, al que mataría al cabo de unos años, mientras que en Iberia, expulsó al gobernante que había sido instalado por Roma y lo reemplazó por un vasallo suyo (a. 369).

Valente envió una misión con la orden de que restableciera en Armenia la dinastía Arsácida pero, sin más apoyos militares, no hubo posibilidad de mantenerla.

Una vez que el emperador romano se vio libre de otros conflictos (verano del 370) se dirigió a Oriente, en concreto a Siria, para dirigir las operaciones militares. En efecto, en el 370 el ejército romano entró en Iberia con 12 legiones y restableció al rey. A continuación, y sin que mediara declaración de guerra se enfrentaron militarmente Roma y Persia, cuyo resultado fue una victoria romana en un lugar llamado Vagabante o Bagavan (*Amm.* XXIX, 1; *Zos.* 4, 13).

---

<sup>40</sup> *Amm.* 25, 7, 9-13; *Zos.* 3, 30-34, 1; sobre el tributo, Juan Lydus, *De magistratibus*, 3, 52 ss.; Frézouls, 1979, 217; Jones, A.H.M., *The Later Roman Empire (284-602)*, Oxford 1973<sup>2</sup>, I, 138, II, 1095; Marcone, A., 1979, 353.

<sup>41</sup> *Amm.* 27, 12, 4 y 16-18, sobre el rey de los iberos, Sauromaces que fue destronado y reemplazado por Aspacures, un cliente de los persas, pero luego fue restablecido Sauromaces en el 370, en una parte de su reino por un cuerpo expedicionario romano; cfr. Frézouls, 1979, 217.

<sup>42</sup> Turcan, R., *L'abandon de Nisibe et l'opinion publique (363 ap. J.C.)*, Mél A. Piganiol, 1966, 875-890.

<sup>43</sup> Frézouls, 1979, 217.

Seguidamente se inician negociaciones con posiciones difíciles de conciliar: Sapor propuso la partición de Armenia, que Valente deseaba conservar íntegramente, mientras que Valente proponía la partición de Iberia, que Sapor reclamaba en su totalidad. Al final se llegó a un acuerdo porque Valente era reclamado urgentemente en el frente danubiano, ya que allí se cernía la grave amenaza de los godos (Zos. 4, 22). Así pues, se produjo el abandono de Iberia por Roma<sup>44</sup>.

Ya el reinado de Teodosio coincidió afortunadamente con un período de debilidad del Estado sasánida, pues Sapor II había muerto en el 379 y su hijo Sapor III no parecía tener el mismo carácter. En consecuencia, se llegó a un acuerdo quizá en el 384, 387 ó 389<sup>45</sup>, en virtud del cual se repartió Armenia, aunque de forma desigual, pues aproximadamente correspondió a Roma un quinto y cuatro quintos a Persia<sup>46</sup>. La nueva frontera seguía una cierta lógica geográfica: prolongaba por el valle del Nymphios el límite oriental de la Mesopotamia romana, atravesaba el Antitauro y ganaba al norte Theodosiópolis, que reemplazaba ahora a Elegeia. El posterior desarrollo de las relaciones entre ambos Estados se vieron determinadas por los peligros procedentes del exterior, invasiones de los pueblos bárbaros que supusieron una amenaza para ambos por igual, de forma que se vieron obligados a entenderse para no entretener fuerzas que tan necesarias les eran en otros frentes<sup>47</sup>.

En cualquier caso, la respuesta que a partir de ahora se dé a los problemas orientales procederá no ya de Roma sino de Constantinopla.

¿Qué valoración merece el s. IV respecto de la posición romana en la frontera oriental? No hay duda de que una época de intensa actividad en el reforzamiento o incluso construcción del *limes* oriental. Las fronteras se pueden seguir de la siguiente manera:

1. Al norte del Tigris avanzan por primera vez en Armenia.
2. En Mesopotamia se vuelve a encontrar, del Eúfrates al Tigris, la línea del Khabur y el Djebel Sindjar, adquirida en la época severiana y perdida en época de la Anarquía militar.

---

<sup>44</sup> Piganiol, A., 1972 (2), 176.

<sup>45</sup> Frézouls, 1979, 217: sobre la simultaneidad del tratado y la partición y la fecha de uno (384 ó 387) y de la otra (387, 389, 390?) se ha discutido mucho, cfr. Stein E., 538 ss.

<sup>46</sup> Frézouls, 1979, 217-8; en realidad el tratado había creado tres Armenias:

Las 4 satrapías de Armenia meridional dejadas a Roma en el 363.

La Armenia del NW, entre el alto Tigris, el Nymphios y el Eúfrates.

El resto, es decir, lo esencial, territorial e históricamente, bajo el dominio persa.

Blockley, R.C., 1987, 222 ss.

<sup>47</sup> Frézouls, 1979, 219: las invasiones de alanos, hunos, ostrogodos llevan a los Estados romano y persa a la firma de tratados de paz en el 422 y 442, que no implican cambios territoriales sensibles.

3. En Siria, ya desde Aureliano, y una vez abatida Palmira se había restituido a Roma el dominio de un espacio que se le escapaba desde hacía tiempo.

Los avances y retrocesos se traducen en construcciones o reconstrucciones de obras militares; de hecho, la ocupación militar es densa, pues por diversa documentación se puede admitir la presencia simultánea, al menos en ciertos momentos, entre Diocleciano y Teodosio de<sup>48</sup>:

- 2 legiones en Arabia.
- 5 legiones en Siria y Palestina.
- 5 6 más legiones en Mesopotamia.
- 3 legiones o menos en el resto de la frontera hasta el Ponto Euxino.

La arqueología demuestra igualmente esta intensa presencia: sobre la cara sur del Eúfrates medio en Sura, Resapha, Nicephorium - Callinicum, Circesium se han encontrado visibles e importantes vestigios de arquitectura militar del Bajo Imperio; en Tell el Hajj (Eragiza?), en Debsi Faraj (Neocaesarea?) los hallazgos recientes han sacado a la luz a la vez que edificios de otros períodos, los de la Tetrarquía o época constantiniana<sup>49</sup>.

En Mesopotamia se dio una fiebre edilicia particular. Aunque la arqueología da aquí menos testimonios que en el Eúfrates, los textos hablan abundantemente de fortificaciones del s. IV: Singara, Rhesaena, Carrhas, Edessa, etc. y sabemos qué papel han jugado otras ciudades sobre una línea paralela a la frontera del Tigris: Constanti(n)a, Marde y sobre todo Nisibe, que *Amm.* (18, 7, 9) califica de "el cerrojo más sólido de Oriente", o también los numerosos *castella* del Monte Masios del valle del Tigris com Phoenice -Bezabde (*Amm.* 2o, 7, 1), o las provincias transtigritanas<sup>50</sup>.

Las modificaciones más importantes se dan en las comunicaciones, la más importante se trata de la *strata Diocletiana* que mira al desierto de Siria, y que ha llenado una laguna completa del sistema anterior: sobre el Eúfrates a Palmira y hacia Dmeir y Bostra, la nueva ruta permitía resistir, gracias a una mayor rapidez de circulación, las presiones de los *sarakenoi* y la invasión persa. El rasgo de este *limes* es que hay una yuxtaposición sobre una misma frontera de un *limes* de montaña, de un *limes* fluvial y de un *limes* desértico y por otra parte un aprovechamiento de aglomeraciones urbanas de larga tradición estratégica.

---

<sup>48</sup> Frézouls, 1979, 220.

<sup>49</sup> Frézouls, 1979, 220 n. 180.

<sup>50</sup> Frézouls, 1979, 221 n. 184: según Dilleman, *Haute Mesopotamie orientale et pays adjacents*, París 1962, 216-218, los territorios transtigritanos habían sido abandonados de hecho por los romanos a partir de Constantino, con las fortalezas que existían: esta hipótesis es difícil de aceptar; *contra*, Honigman, E., *Die Ostgrenze des byzantinischen Reiches von 363 bis 1071*, Bruselas 1935.

Sin embargo, nada de ello servirá cuando se presenten más tarde los jinetes que avanzan enarbolando una nueva fe, la fe islámica que justifica la ruptura del ordenamiento que caracteriza a la Antigüedad y que ofrece el surgimiento de una nueva etapa de la Historia.